

Ser,

desarrollo y

religión

Alberto Micheo

¡Qué fascinante es la trayectoria del hombre en su dramática búsqueda de sí mismo! La Historia no es otra cosa que la huella de esta búsqueda. Su dramatismo consiste en que sus intentos le han resultado fallidos. ¡Cuántas ilusiones, vividas con pasión, han terminado en desesperante desilusión! Y el hombre sigue buscando; seguimos buscando. Si no fuera así, la angustia del hombre moderno no tendría sentido. ¡Qué trágicamente rica es nuestra historia!

¿Y qué es lo que el hombre busca? Analizando en profundidad mis propias aspiraciones encontraré, tal vez, lo que quisiera ser y no soy. Seguramente quisiera plenamente vivir, profundamente amar, encontrar un sentido a mi sufrir y, sobre todo, un significado a mi morir... En otras palabras, lo que estoy aspirando es a plenamente ser y al mismo tiempo estas aspiraciones me están diciendo que todavía no soy plenamente, que estoy en camino de serlo algún día o por lo menos deseando serlo lo más pronto posible. Y mientras tanto, sigo tentando caminos; todos los hombres seguimos tentando caminos. ¿Quién no busca vivir más? ¿Quién no busca reír más? ¿Quién no busca amar más?...

Tal vez esta forma de mirar las aspiraciones humanas parezca alejada del contenido de las teorías modernas para el desarrollo hu-

mano. Sin embargo, en última instancia, confluyen en el mismo foco; porque desarrollarse no es otra cosa que la consecución de ese plenamente ser del hombre y los planes de desarrollo, en el sentido integral de la palabra, no son otra cosa que posibles caminos para que dentro de un tiempo determinado alcancemos a vivir más plenamente, a amar más profundamente y a ver el más allá sin tanta incertidumbre y escalofrío...

El hombre, ser paradójico

Se está volviendo un tema común la consideración de los aspectos paradójicos de la actuación humana. He aquí uno de ellos: ser autor y objeto de su propio desarrollo. En esta tarea se enfrenta con la primera gran dificultad: no se conoce a sí mismo. No deja de

ser irónico el hecho de que el hombre haya alcanzado tantos conocimientos acerca de los objetos que le rodean —parece que conocemos casi todos los secretos de la naturaleza— y, sin embargo, en la ciencia del conocimiento del hombre encontramos en nuestras librerías libros con títulos como: "La incógnita del hombre", "El misterio del hombre", "El absurdo del hombre", etc. Simplemente tenemos que reconocer que no nos conocemos y esta ignorancia nos ha llevado a tantos caminos equivocados en nuestro caminar hacia el plenamente ser.

Hay, sin embargo, razones para esta ignorancia; el hombre es el ser más complejo de la naturaleza. Rico en vivencias muchas veces opuestas: risa y llanto, amor y odio, egoísmo y generosidad, son manifestaciones de una naturaleza claramente bifaz. Espíritu y Materia se combinan en una sola entidad, en una perfecta unidad sustancial, para formar, según las palabras del gran Dostoyevsky, a "ese extraño ser que llamamos hombre".

Precisamente en esta complejidad está la razón de nuestras lamentables equivocaciones. Los proyectos de desarrollo intentados hasta ahora han partido de una base parcial: han partido de un concepto de hombre o preeminentemente material, relegando su naturaleza y necesidades espirituales, o pre-

eminentemente espiritual, con detrimento de su naturaleza y necesidades materiales. Como consecuencia lógica, los proyectos de desarrollo provenientes de ambas bases deficientes han sido incapaces de proporcionarnos satisfacción en nuestras aspiraciones de totalidad hacia el plenamente ser, dentro de un universo de recursos limitados y para unos hombres con ansias infinitas.

Proyectos materialistas

En general, entendemos por materialismo aquel sistema que se basa en la afirmación de que la naturaleza de todo lo existente es simplemente material o que por lo menos depende directamente de la materia. Hay diversas especificaciones de este materialismo general. Hay una especificación "mecanicista", que afirma que todo lo existente se reduce a combinaciones de fuerzas físico-químicas. Hay otra especificación de tipo práctico que, aun admitiendo la existencia de lo inmaterial y hasta espiritual, afirma, sin embargo, que el espíritu nada tiene que ver con la actividad normal del hombre. Por fin, existe el llamado materialismo dialéctico, que, aun admitiendo la existencia de una conciencia esencialmente superior a la materia, sin embargo es, por su naturaleza, un producto y una función de la materia.

La primera especificación, mecanicista, ha quedado casi unánimemente superada por insuficiente. La tercera, es decir, el materialismo dialéctico, sigue rigiendo los destinos de una tercera parte de la humanidad y amerita un es-

tudio específico. Solamente voy a tratar del materialismo práctico, que es el que rige los proyectos de desarrollo de la parte del mundo en que nos ha tocado vivir.

El sistema de desarrollo elaborado bajo este sistema parte del concepto de que desarrollando el aspecto material del hombre —la mayor abundancia posible de bienes materiales— quedará satisfecho en la plenitud de su ser. Es el mito que animó toda la época del industrialismo clásico y que continúa en nuestros días. Más producción, más expansión, maximización, optimización, son lo lemas que prometen bienestar y felicidad. El medio indispensable para ello: libertad de competencia.

La frase libertad de competencia nos fascina por su aparente belleza, pero un análisis sencillo nos hace caer en la cuenta de su peligrosidad como medio para alcanzar la plenitud del ser para todos los hombres. Nadie duda que la libertad es uno de los haberes más preciados del hombre y nunca puede estar ausente. Sin embargo, su ejercicio necesariamente debe estar limitado dada la realidad de que los derechos de una persona terminan donde comienzan los de otra persona. Y, por desgracia, este límite lo encontramos más cerca de lo que quisiéramos.

La competencia, como medio para alcanzar la plenitud para todos, aparece claramente incompetente. El resultado de toda competencia es el de un ganador y de un perdedor. Medio, por lo tanto, incompetente para que todos los hombres ganen, que es de lo que se trata cuando se busca el medio apto para que todos los hombres se desarrollen. Los resultados históricos nos están probando esta verdad cuando después de más de dos siglos de la aplicación de este sistema tenemos el mundo dividido en dos bandos: los que ganaron y los que perdieron; en otras palabras, los que tienen y los que no tienen. Y esto en los diversos campos en que se basa la organización de la sociedad:

—Los que tienen el poder y los que no lo tienen, ambos en competencia, sintetiza el problema político.

—Los que tienen capital y los que no tienen, ambos en com-

petencia, sintetiza el problema económico.

—Los que tienen medios de vida, de cultura, etc., y los que no lo tienen, ambos en competencia, sintetiza el problema social.

—Y hasta en lo religioso, los que tienen oportunidades de atención religiosa y los que no la tienen, constituye un gran problema religioso.

Podemos concluir que este sistema que se basa en la exclusiva atención al aspecto material del hombre, tomando la libre competencia como instrumento, no puede proporcionar todo lo que contiene el desarrollo integral de todos los hombres. El tener más no lleva de por sí al ser más. La vida real nos lo manifiesta todos los días tanto a nivel individual como a nivel de globalidad. Personas con abundancia en el mundo del poseer reflejando en sus ojos la vaciedad de su ser. Sectores que derrochan lo que poseen en abundancia rodeados de multitudes que no pueden alcanzar a comer para subsistir.

Proyectos espiritualistas puros

Si el error del materialismo consiste en haber tomado como un todo lo que solamente es parte de la constitución del hombre, de la misma manera se caería en el mismo error si se tomara, también como un todo, el aspecto espiritual del mismo. Las orientaciones religiosas, en general, han adolecido de este defecto. Basados en una filosofía de la esencial superioridad

de lo espiritual sobre lo material, desarrollaron una doctrina del hombre para el otro mundo. Más aún, la felicidad en el más allá exigía el sacrificio y desprecio total de todo lo beneficioso para este mundo.

La religión cristiana, para ser sinceros, no ha estado exenta de esta equívoca orientación. ¡Cuántas veces no hemos oído poner a los anacoretas del desierto como modelos de vida cristiana! Es verdad que el Espíritu sopla donde quiere y puede llamar —no hay duda que de hecho llama— a personas concretas a un holocausto de todo lo terreno. La equivocación estriba en considerar como ideal general lo que es llamamiento o vocación personal. Si hay algo cierto en el Evangelio es que seamos templos de Dios en medio de este mundo, que construyamos un mundo que sea su reflejo, que formemos un pueblo que sea suyo, un hombre que sea su imagen. Glorioso a San Pablo podemos decir: Todas las cosas son vuestras para que logréis formar el Cuerpo Místico de Cristo, de ese Cristo que es en su unidad plenamente hombre y plenamente Dios. Y esta misión no se puede cumplir con la exclusiva atención del aspecto individual del hombre.

El problema de la Teología

Tal vez se le acuse a la Teología como causante de esta parcialización. Sin embargo, la Teología, como ciencia de las cosas de Dios, usa como instrumento de investigación las categorías del pensamiento filosófico existentes y con ellas descubre el contenido del depósito de la Revelación. Y la Filo-

sófia, desde Aristóteles y sobre todo desde Descartes, estableció como principio básico una separación total entre lo espiritual y lo material. Con esta base instrumental nada es de extrañar que nuestra Teología tradicional haya relegado a un segundo término el aspecto temporal de la palabra de Dios y en contrapartida el significado espiritual de las cosas temporales, dejando al hombre, síntesis de ambos aspectos, perplejo ante toda una serie de incompatibilidades frente a su actuación. Por ejemplo: entre

Amor a Dios y amor al mundo
[de Dios.

Reino de Dios y realización histó-
rica humana.

Renunciamiento ... y desarrollo perso-
[nal.

Revelación y ciencia.

Pocos habrán sentido más hondamente las consecuencias de esta perplejidad como uno de los grandes sabios cristianos: Teilhard de Chardin:

“Yo escribo estas líneas para exprimir una visión apasionada de la tierra y para buscar una solución a las dudas de mi acción; porque yo amo al Universo, sus energías, sus secretos, sus esperanzas y porque al mismo tiempo yo me he consagrado a Dios, el solo origen, la sola razón, el solo término.”

Apuntes de la filosofía moderna

La filosofía moderna, concretamente el existencialismo, ha roto

aquella dicotomía aristotélica y cartesiana: materia-espíritu. La Teología, con este nuevo instrumento, ha descubierto un contenido mucho más en consonancia con los descubrimientos científicos. Está dejando la interpretación demasiado estática y fijista del dogma de la Creación, para proporcionarnos una visión más dinámica. Nos dice que la Creación no está todavía terminada y que tenemos la responsabilidad de terminarla; impresionante responsabilidad que pesará sobre nosotros si es que por nuestra comodidad queda en el mundo la cicatriz de nuestro defecto.

Nos dice que debemos formar el pueblo de Dios; un pueblo uno dentro de nuestra multiplicidad, para que seamos imagen de su Unidad Trinitaria. Deja a nuestro libre criterio la forma concreta de organización humana, pero nos proporciona el criterio indispensable que ha de enlazar esta organización. No ya la competencia, ni mucho menos la lucha de clases, sino el “Amamos los unos a los otros”. He aquí, en boca de Teilhard de Chardin, la gran aportación del Cristianismo al desarrollo humano: su capacidad de amorizar el mundo.

El cristiano, además, tiene que realizar el Cuerpo Místico de Cristo. Tradicionalmente, mucho hemos insistido en el aspecto místico y nos hemos olvidado del aspecto cuerpo. De nuevo el error de separación. Si somos Iglesia, si somos Cuerpo Místico, si somos Pueblo de Dios y queda bajo nuestra responsabilidad el realizarlo, tenemos que llevar a su plenitud también el aspecto Iglesia, el aspecto Cuerpo, el aspecto Pueblo, sin olvidar que al mismo tiempo tenemos vivencias de Espíritu envueltas en una unidad que tiene mucho de misterio...

Ser, Desarrollo y Religión: tres palabras que encierran contenidos en apariencia incompatibles, pero cuyas vivencias coexisten en cada hombre. Nuestra tarea consiste en armonizar —de ninguna manera eliminar— si es que queremos satisfacer nuestras aspiraciones a plenamente vivir, profundamente amar, encontrar un sentido a mi sufrir y, sobre todo, un significado a mi morir.